

Presentación

VOCES NUEVAS

Tomás Straka¹

El relanzamiento de *Cuadernos UCAB*, la revista de los estudios de postgrado de la Universidad Católica Andrés Bello, nos ha permitido ejecutar un proyecto en el que teníamos tiempo pensando: un dossier con trabajos de los alumnos de las maestrías y el doctorado en Historia. Es una idea que no sólo busca contribuir con la obligatoria y cotidiana evaluación que deben hacer todos los postgrados, sino, sobre todo, con ir más allá de las estadísticas y que no siempre dicen demasiada de la calidad de lo que se produce en ellos. Así como es necesario saber cómo recibe el campo laboral a los egresados, o qué tanto ayudan los programas en el desarrollo humano y profesional de quienes los cursan, en postgrados tan enfocados en la investigación, también es importante ver qué está pasando con la disciplina en sí, cómo están pensándola y concibiéndola sus estudiantes, qué aportes en concreto, si es que al final se hace alguno, genera el montón de esfuerzo que se pone en escribir tesis, organizar seminarios, presentar ponencias. ¿De verdad estamos haciendo avanzar la disciplina de alguna manera? ¿Tenemos estudiantes aplicados y *obedientes*, u otros que se atreven a abrir sus propias sendas, a veces incluso con rebeldía? ¿Puede verse alguna tendencia en el relevo que se está formando?

Todo esto, de suyo importante en cualquier proceso educativo, lo es especialmente en postgrados con un alumnado tan heterogéneo, con orígenes profesionales y adscripciones generacionales tan variados, como el que tenemos en Historia. Entre ellos está el grupo, muy grande, de los que llegan ya en la madurez, con sus carreras ya muy cimentadas, a veces incluso por culminar, y ven en la Historia un complemento para su formación, o la realización de un sueño de juventud postergado por las urgencias de la vida. Hay otro grupo, mayoritario, formado por profesores universitarios o de secundaria, de Historia o de otras áreas más o menos conexas, que están en el *cursus honorum* de su desarrollo profesional. Y hay un tercer grupo, de muchachos recién graduados, o en todo caso al inicio de sus carreras, que han decidido ser historiadores. A la hora de preparar este dossier hemos pensado en ellos. Es el grupo que más se ha ido reduciendo en los últimos años. La crisis migratoria básicamente sacó del país a casi una generación completa, cosa que se ve en las aulas

¹ Director del Instituto de Investigaciones Históricas “Hermann González Oropeza, sj” y del Doctorado de Historia, ambos en la Universidad Católica Andrés Bello. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia.

universitarias de forma más inmediata y contundente de lo que puede compulsarse en otras áreas. A esta situación hay que agregar las especificidades del área de Historia: si de por sí muchos consideran que es mejor tentar la suerte en el exterior que estudiar Derecho o Ingeniería, ¿qué esperar de una carrera cuyo principal ámbito profesional es la academia, especialmente golpeada en sus sueldos y beneficios laborales? Por eso, si bien es cierto que cada vez la universidad interesa menos a los jóvenes en el mundo, que ahora buscan capacitaciones concretas, esta situación en Venezuela y, dentro de ella, en las carreras que tienen que ver con lo académico, enfrenta factores que la elevan a potencias casi incalculables.

En este sentido, el presente dossier trae seis trabajos escritos por jóvenes que no sólo no han decidido emigrar –por lo menos no aún- ni ser *influencers*, sino ir a la universidad, continuar un postgrado y además uno en Historia. Son estudiantes que nacieron en la década de 1990, es decir, *millennials* o miembros de la Generación Z, que están en sus tardíos veintes o en sus tempranos treintas. Eso quiere decir que han crecido y estudiado en la turbulenta Venezuela de la Revolución Bolivariana, los continuos sacudimientos políticos que desde 2002, con mayor o menor intensidad, trastornan periódicamente al país; con el colapso económico de 2017 a 2021 y con la gran crisis migratoria, que ha puesto a gran parte de sus amigos y familiares coetáneos en todas partes del mundo, en ocasiones viéndolos como los extraños que por alguna razón optaron por no irse. Debido a las circunstancias ya señaladas, la aspiración a ser profesores universitarios, típica en el pasado de alguien que se inscribía en un doctorado en Historia, no está en el centro de sus horizontes. Naturalmente, todos dan clases y tres de ellos lo hacen ya a nivel universitario, pero lo que les da el pan es ser periodistas, profesores de secundaria, asesores políticos y no es extraño que combinen todo eso a la vez o con varias otras cosas.

Se les pidió que enviaran textos producidos durante sus estudios de doctorado o maestría, incluyendo partes de sus tesis si ya las habían presentado, de los que se sintieran especialmente contentos y que, además, hayan obtenido calificaciones sobresalientes. El resultado fue muy esclarecedor de por dónde andan: todos los textos son de historia contemporánea, en especial de la Guerra Fría; y, muy significativo, a contravía del usual parroquialismo de nuestros estudios históricos, todos tienen un enfoque global. Acaso por hijos de la globalización, por nativos informáticos y por su capacidad para comunicarse en varios idiomas (al menos en la mayor parte de los casos), sus límites no

están acotados por lo que haya en los archivos venezolanos y por lo que está en castellano. Saben buscar repositorios documentales en la Internet, tienen contactos en muchas partes –un efecto colateral de la migración- y no los amilanan los idiomas extraños. Es algo a lo que llegaron más o menos solos, porque ni la contemporaneidad ni la historia global caracteriza los intereses de la mayor parte de los que han sido sus profesores (lo que abre preguntas inquietantes, como por ejemplo: ¿qué tanta consciencia o basamentos teórico tienen de lo que están haciendo? ¿Estamos los profesores de los postgrado leyendo bien lo que está pasando en el mundo?).

El interés por la Guerra Fría entre los jóvenes investigadores no es algo exclusivo de Venezuela. Tal parece que el proceso cuyo desenlace sigue impactando el día de hoy, genera inquietud en historiadores que, a la vez, lo sienten lo suficientemente cercano como para identificar su actualidad, pero a la vez lo suficientemente lejano como lo es cualquier cosa ocurrida antes de nuestro nacimiento. Así, la Guerra Fría es objeto de disertaciones doctorales, *papers*, libros y conferencias en todo el mundo. Hay universidades como Harvard que tienen una línea en específico para su estudio y existen publicaciones como el *Journal of Cold War Studies*, del MIT, que se consagran por entero al tema. Pero en el caso de estos jóvenes venezolanos hay algo más. Con la *Revolución Bolivariana* la Guerra Fría parece haberse prolongado hasta nuestros días. El imaginario, los discursos e incluso las polémicas que en otras partes desaparecieron, o se atenuaron de forma casi completa con la caída del Muro de Berlín, en Venezuela se enarbolan, en ocasiones como si estuviéramos en algún momento anterior a noviembre de 1989.

Así, el papel del partido comunista en la política venezolana, que toca Jesús Piñero a propósito de su trabajo sobre el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre Venezuela y la Unión Soviética en 1945, tiene una vigencia al escribirlo en uno de los pocos lugares en el mundo en el que la *construcción del socialismo* sigue siendo un tema de actualidad, muy distinta a la que tuviera en cualquier otro lugar en el que los partidos comunistas y la URSS son asuntos más o menos dejados por completo atrás. El trabajo de Piñero, muy bien escrito, tiene además otras virtudes. Que ese establecimiento haya ocurrido, además, en los meses-bisagra en los que la Segunda Guerra Mundial se va apagando mientras el mundo se hace bipolar, tiene toda la fuerza de un hito que marca el inicio de una nueva era. Visto desde los papeles de los diplomáticos venezolanos, el trabajo constituye un aporte de verdadera significación. Piñero es un licenciado en historia y periodista, que comparte su

tiempo entre las labores en la prensa y la cátedra en la educación media y la universidad. Por su parte, el trabajo de Yolimar Gil, una profesora de educación media que se está abriendo paso en la investigación, sobre el diario colombiano *Jornada* entre 1944 y 1957, refleja la dureza de los enfrentamientos ideológicos en América Latina, que pronto serán reconducidos dentro de la nueva tensión Occidente-Oriente. Este diario del Partido Liberal deja el testimonio de los duros años de la Violencia que se inician con la muerte Jorge Eliécer Gaitán y se calman con el Frente Nacional en 1958. La existencia de una colección completa del diario en Caracas le dio la oportunidad a Gil para hacer un panorama del proceso.

Jessica Pamela Guillén, otra licenciada en historia que comparte su tiempo entre la docencia media y la investigación, nos ofrece un capítulo de su tesis sobre la política exterior del presidente Raúl Leoni entre 1964 y 1969, centrado en un tema muy polémico: el papel de Cuba en el conflicto guerrillero que padeció a Venezuela en la época. Comoquiera que en el imaginario de la izquierda radical, recogido en gran medida por el chavismo, Leoni aparece como una especie de villano con las manos llenas de sangre, la mirada que ofrece Guillén desde los que defendieron la democracia y concibieron a la Cuba de Fidel Castro como una potencia extranjera e intervencionista, empeñada en desestabilizar el país, amplía el horizonte y pone a disposición de la sociedad documentos y testimonios que permiten hacernos una mejor idea de lo sucedido. El cuarto trabajo, de Scarlin Escalona, una licenciada en letras ganada a la historia y que también se desempeña como docente en educación media, vuelve sobre la violencia colombiana, pesquisando sus raíces históricas casi al día siguiente de la Guerra de los Mil Días, hasta la creación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Se trata de una visión panorámica, especialmente útil para el lector que quiere iniciarse en el tema. Marianao Vallenilla, una politóloga que comparte la investigación política con la docencia universitaria, nos entrega un extracto de la tesis con la que completó su maestría acerca de la Guerra Civil de El Salvador. El lector hallará un trabajo erudito, con abundante documentación de archivos norteamericanos, sobre la participación de los Estados Unidos en la misma, apoyando al ejército salvadoreño en el que fue una de los frentes más agitados –y trágicos- de la última etapa de la Guerra Fría.

Termina el dossier con un trabajo con un estudio de Guillermo Ramos Flamerich, un periodista que se ha dedicado a la consultoría política y actualmente sigue estudios doctorales en la Sorbona,

sobre la suerte de *realpolitik* adoptada por el gobierno de Rafael Caldera entre 1969 y 1974, cuando la democracia venezolana decide restablecer relaciones con todos los países de la región, indistintamente del carácter de su gobierno. En gran medida estamos ante un informe que presenta los datos fundamentales del proceso de incorporación de Venezuela al Pacto Andino.

Tenemos, pues, ante nosotros a seis nuevas voces de la historiografía venezolana. Seis promesas que parecen estarse cumpliendo, casi todos con obra publicada y proyectos en desarrollo. El tiempo dirá qué tan lejos irán. Pero sin duda encierran signos de lo que se perfila y, muy probablemente, se impondrá. Entre la década de 1980 y los primeros años 2000, el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG) publicó una serie de libros con el título de *Voces nuevas*. Presentaban la cosecha –los verdaderos primores– de autores noveles que cada año arrojaban sus entonces muy famosos e influyentes talleres. Es una experiencia que hemos tomado como referencia al titular estas páginas y, en general, al concebir el dossier. No todos los que aparecieron en *Voces nuevas* perseveraron en el empeño de ser escritores, o han tenido éxito aquellos que siguieron en la escritura; no todo lo que se experimentó en sus trabajos halló continuidad. Pero de aquello salieron ideas y carreras que abrieron caminos, que de un modo u otro, por pequeño que fuera, hicieron una diferencia. Es lo que esperamos haber logrado mostrar con las voces nuevas que acá se presentan. Es lo que los postgrados de Historia de la UCAB aspiran a ofrecer a la ciencia y a la sociedad.

Nota bene: a las seis voces nuevas que se publican en este número de Cuadernos UCAB, es necesario incorporar una octava, la de Luis Fernando Castillo, profesor del Instituto Pedagógico de Caracas e investigador contratado en la UCAB. Coetáneo de los autores y él mismo una figura que descuella en la historiografía, fue clave en la edición de este dossier. Con paciencia ajustó los textos a las normas editoriales de la revista, los releyó, corrigió redacción y transcripción, e incluso hizo observaciones de interés para mejorarlos. De tal modo que este número no tiene un solo editor invitado, sino dos: quien escribe y el Prof. Castillo, a quien expresamos nuestro agradecimiento.

Caracas, febrero de 2023